

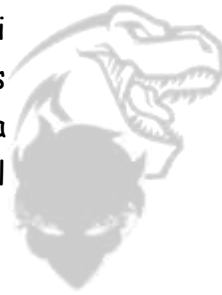


Capítulo 593: Mal sentimiento

El corredor dorado del Templo de los Mil Ecos temblaba suavemente bajo el sonido distante de los martillos celestiales —los Dioses Constructores estaban dando forma a la arena del Torneo Celestial, y el aire mismo vibraba con energía divina.

Entre el brillo de las columnas y el reflejo de las estatuas, caminaban dos figuras improbables: Sun Wukong, el Rey Mono —hoy, en su forma humanoide femenina— y Buda, el hombre que había abandonado el Nirvana por un par de cómodas sandalias y un suministro infinito de ironía.

Wukong parecía haber salido de un sueño dorado. Su largo cabello rubio caía en ondas sueltas, y los mechones reflejaban la luz del templo como si estuvieran hechos de sol líquido. Su ropa —un lujoso traje chino, con detalles rojos y dorados— se balanceaba elegantemente con cada paso. Había una ligereza salvaje en sus movimientos, como si incluso en forma humana, el espíritu del mono todavía viviera debajo de su piel.



Buda, por otro lado, era un completo contraste.

Pantalones de lino, una camiseta blanca sin mangas y un collar de cuentas de madera colgando sobre su pecho bronceado. Un moño alto sujetaba su largo cabello castaño dorado y sus ojos azules —serenos y burlones— brillaban con una mezcla de sabiduría y sarcasmo.

Miró a Wukong de arriba abajo y soltó una risa apagada.

"¿Hablas en serio?" preguntó levantando una ceja. "¿Es esta tu 'forma de meditación'?"



Wukong levantó la barbilla y sonrió irónicamente.

"A la humanidad le gustan las caras bonitas. Me adapté."

Buda resopló.

"¿Bonita?" Él le hizo un gesto exagerado. "Pareces como si hubieras salido de un concurso de belleza celestial. Oro en tu cabello, ojos ardientes, curvas meticulosamente calculadas para distraer incluso a un monje ciego."

Wukong sólo se rió, imperturbable.

"El mundo ha cambiado, Buda." Si quieres ser escuchado, necesitas una forma en que el mundo quiera mirarte.

Buda dejó de caminar y parpadeó unas cuantas veces con incredulidad.

"Vaya..." dijo cruzando los brazos. "Nunca pensé que viviría lo suficiente para oírte hablar de adaptación humana."

"El Rey Mono que una vez declaró la guerra a todo el Cielo porque no aceptaba autoridad... ahora se preocupa por la estética y la aprobación popular." Incluyó la cabeza y su tono se situó entre divertido y genuinamente intrigado. "¿Qué diablos te pasó, Wukong?"

Por un momento, la sonrisa en su rostro desapareció.

Wukong caminó hasta el borde de la ventana, apoyando sus manos en el alféizar dorado. Abajo, una vasta extensión de luces se extendía —dioses de





la forja, espíritus elementales y constructores celestiales levantaban las paredes de la arena, dándoles forma con fuego, viento y relámpagos.

El rugido distante de las herramientas divinas se mezcló con el murmullo de las corrientes de energía.

Fue magnífico. Fue hermoso. Y, de alguna manera, fue aterrador.

Wukong permaneció en silencio durante unos segundos antes de hablar, con la voz baja, casi como un pensamiento susurrado.

"Tengo un mal presentimiento."

El tono hizo que Buda se detuviera.

Estaba acostumbrado a la arrogancia burlona de Wukong— a la risa que se burlaba incluso de los dioses. Pero ahora... había algo diferente. Un peso real en las palabras.



Dio un paso adelante y observó su rostro reflejado en el cristal.

"No estás bromeando, ¿verdad?"

Wukong meneó la cabeza lentamente.

"Nunca bromeo cuando siento algo así."

Miró al horizonte, donde el resplandor de la arena latía como un corazón vivo.



"Los dioses están demasiado emocionados. Este torneo... debe ser un espectáculo, una distracción, un juego de fuerza entre los reinos. Pero hay algo mal con la forma en que se mueve el Cielo." Hizo una pausa, con los ojos entrecerrados. — Especialmente lo que ha pasado para que se apruebe una norma como esa. Estaba bromeando, pero... El administrador no lo tomará muy bien. Broma o no, el ganador podrá dictar las reglas.

Buda cruzó los brazos, su expresión ahora más seria.

"Me pareció extraño que se permitiera algo así, pero no lo cuestioné porque no tengo ningún interés. Yo y los otros Budas no seguimos las reglas de todos modos... pero..."

Wukong desvió la mirada y, por un instante, el fuego dorado en sus iris pareció más frío.

"No seguiré ninguna regla, pero las más débiles ciertamente sí."

El silencio entre ambos se hizo intenso. Afuera, el trueno resonaba —no el sonido de una tormenta, sino el choque de energía pura, la firma de un dios de la creación que daba forma a algo colosal.

Buda respiró profundamente y mantuvo la mirada fija.

"Ha pasado mucho tiempo desde que te vi preocupado por algo, Wukong. Eso me pone más nervioso de lo que me gustaría admitir."

Wukong sonrió levemente, pero no respondió.





La brisa recorrió el pasillo, balanceando su cabello dorado, y por un momento pareció como si el viento intentara susurrar algo que ni siquiera los más sabios podían entender.

"Quería estar en paz para no preocuparlo", dijo después de un rato. "Pero parece que Yama realmente quiere algo."

Buda levantó una ceja. "Me lo imaginé... así que realmente es Yama."

Wukong miró de lado a Buda, el brillo dorado en sus ojos reflejaba las luces que venían de la arena de abajo.

"Preferiría que fuera el hambre de conocimiento de Odín..." murmuró, con el tono bajo y cargado de agotamiento. "O incluso sería más fácil tratar con Lucifer que con una diosa de la muerte como Yama."

Dejó escapar un largo suspiro, del tipo que lleva más siglos que palabras.

"De todos modos, sólo quería advertirte", concluyó, sin apartar la vista del horizonte.

Buda permaneció en silencio por unos momentos, analizando su expresión. Luego se rascó la barbilla, pensativamente, antes de responder:

"Mantendré a los Budas alerta..." dijo, con tono tranquilo pero firme. "Y transmitiré tus sospechas."

Una ligera sonrisa apareció en sus labios. "Por supuesto, ni siquiera mencionaré tu nombre."





Wukong se volvió hacia él y la comisura de su boca se levantó en una breve y sincera sonrisa.

"Me alegro que lo entiendas", respondió. "Si yo fuera el primero en levantar este tipo de sospechas, nadie le creería al 'Asesino de Dios'."

Por un momento, el título pareció pesar en el aire, como un recordatorio incómodo.

Luego, Wukong levantó una mano y señaló su propia cabeza —más precisamente, la corona dorada incrustada en su frente.

"Y, de todas formas, no podría hacer nada aunque quisiera... no con esto de aquí."

La expresión de Buda se suavizó. Conocía bien esa pieza— y lo que significaba. La corona que una vez sirvió para contener la furia del Rey Mono era ahora una prisión, lo que le impedía levantar la mano contra cualquier deidad. Un cruel recordatorio de que incluso los seres más rebeldes podrían estar atados por el miedo a los dioses.



"Me imagino cuánto debe roerte eso", comentó Buda en voz baja.

Wukong se rió, pero el sonido era hueco.

"Más de lo que crees", dijo. "Y es exactamente por eso que pedí ayuda a otro."

Buda levantó una ceja.

"¿Otro?"

"Vergil," respondió sin dudar. "De todos los nombres de esa lista... él es el único que realmente puede enfrentarse a un dios en igualdad de condiciones."

Buda lo observó en silencio por un momento y algo en su mirada cambió —un reconocimiento casi imperceptible.

"Así que eso es en lo que estás apostando", concluyó.

Wukong cruzó los brazos y miró nuevamente el cielo dorado sobre el campo de batalla en construcción.

"¿Apuestas? No," dijo con una ligera sonrisa. "Simplemente reconozco a un depredador cuando lo veo."

Las últimas palabras flotaron en el aire, resonando suavemente entre las campanas del templo.

...

El sol del final de la tarde se filtró a través de las ventanas de la mansión, dorando la habitación con un cálido resplandor. Vergil estaba sentada en el sofá de la sala de estar, con Rafaeline acurrucada en sus brazos —su cabeza apoyada en su pecho, sus dedos jugando ociosamente con el cuello de su camisa.

"Hacía mucho tiempo que no estábamos así..." murmuró, en ese tono suave, casi infantil.

Vergil sonrió levemente y besó la parte superior de su cabeza.





"Sí, demasiado tiempo", respondió cerrando los ojos por un momento, saboreando el dulce aroma de su cabello. "La vida ha sido... demasiado ruidosa."

Ella soltó una risa pequeña y apagada.

"Ruidoso es quedarse corto..." freewebnovel.com

El silencio se calmó por un momento, cómodo, hasta que Rafaeline suspiró.

"Estoy preocupada por este torneo," finalmente dijo. "Es extraño... algo de esta escala sucede de la nada."

Virgilio abrió los ojos y miró al techo como si intentara descifrar un enigma invisible.

"Yo también lo creo", admitió. "Pero espero que sea sólo lo que dicen: un torneo, nada más. Un espectáculo divino para alimentar los egos de los dioses y entretener a los mortales."

Él puso su mano sobre su cara y la hizo mirarlo.

"Si todo va bien, terminará rápidamente. Y volveremos a nuestra rutina pacífica."

Rafaeline se mordió el labio inferior, señal de vacilación.

"¿Y si no termina rápido?" ella preguntó. "¿Qué pasa si no es sólo un torneo?"





Virgilio dio una leve sonrisa, de esas que ocultan más pensamientos de los que revelan.

"Entonces tengo curiosidad por saber qué pasa si ganamos."

Ella parpadeó, sorprendida por la forma en que dijo eso —mitad bromeando, mitad en serio.

"¿Ganar?" Ella repitió, apoyando su frente contra su barbilla. "¿Crees que hay algo que ganar además de un dolor de cabeza?"

"Siempre lo hay," respondió, sin cambiar de tono. —Aunque sea sólo información.

Rafaelina se quedó en silencio, pensativa. Su mirada se desvió hacia el suelo hasta que volvió a hablar, más suavemente:

"En el último torneo... fue Zafiro quien ganó."

Vergil levantó una ceja.

"¿Zafiro? ¿Nuestro zafiro?"

"El único e inigualable." Rafaelina confirmó. "Pero ella no ganó nada concreto. Sin premio, sin bendición. Lo que ganamos fue... reconocimiento."

"¿Reconocimiento?" Virgilio repitió, curioso.





Rafaelina asintió.

"Antes de eso, los demonios eran tratados como aberraciones. Después de su victoria, el consejo celestial comenzó a reconocernos como una facción legítima." Ella hizo una pausa y lo miró. "Y por eso cambió el inframundo."

Virgilio sonrió levemente.

"Así... así fue como los demonios empezaron a ser vistos como algo más que una simple maldición andante."

"Exactamente." dijo ella, con un suspiro. "Antes de Zafiro, los demonios no eran nada. Pero su victoria dio voz a los rechazados — a todos aquellos que estaban atrapados entre el infierno y el cielo"

Vergil permaneció en silencio por unos momentos, procesando. Sus ojos se dirigieron por un momento hacia la ventana, observando el reflejo de la puesta de sol.



"Qué gracioso..." murmuró. "Incluso un juego divino puede reescribir el mundo."

Rafaelina lo miró sonriendo débilmente.

"Bueno, centrémonos en el ahora. Pasemos algún tiempo juntos antes de que el caos comience de nuevo."

Vergil sonrió, "Sí, tienes razón", dijo.